

# Para ser dignos del testimonio de la Pasión

*Homilía en la celebración del Domingo de Ramos. Iglesia Catedral, 5 de abril de 2009.*

Con esta celebración de la entrada de Jesús en Jerusalén comienza la Semana Santa. Esta expresión, *Semana Santa*, puede encerrar un equívoco si pensamos que está constituida por jornadas yuxtapuestas, en cada una de las cuales asistimos a una celebración particular, desconectada de todas las demás. En realidad, esta semana incluye una única y gran celebración, enfocada desde distintos aspectos: lo que se celebra en ella es el misterio pascual del Señor. Los documentos más antiguos que poseemos de esta gran fiesta anual de la Iglesia, aseguran que en el misterio de la Pascua se resume y concentra toda la historia de la salvación. El obispo Melitón de Sardes, en el siglo II, lo identifica con el misterio del Señor, de Cristo, misterio que es *nuevo y antiguo, eterno y temporal, perecedero e imperecedero, mortal e inmortal*, y explica que es antiguo porque estaba prefigurado en Abel, Isaac, José, Moisés y el cordero inmolado, porque estaba anunciado en la predicación de los profetas; pero es nuevo según la gracia, porque fue realizado en los últimos tiempos, en Cristo, en su muerte y resurrección. En la Pascua se recapitula toda la economía de la salvación, cumplida en Cristo y comunicada a la Iglesia y por la Iglesia a través de los sacramentos. Lo que vamos a celebrar, en esta Semana Santa y según un ritmo de renovación anual, es el gran sacramento de la Pascua del Señor.

La Pascua asume un doble significado: es la pasión y es el paso. Todos los sacrificios de la antigua alianza se cumplen en la inmolación del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo: su sangre es el precio y el signo de la liberación. El paso del pueblo hebreo a través del Mar Rojo hacia la tierra prometida se cumple en el paso de Cristo, a través de la muerte, hacia la vida; Su pasión es el paso; el Señor conduce, lleva consigo, a cuantos creen en su resurrección y constituyen el nuevo pueblo de Dios. San Agustín expone hermosamente este argumento: *la primera Pascua la celebró el pueblo de Dios cuando, huyendo de Egipto, atravesaron el Mar Rojo. Aquella figura profética tuvo ahora su realización cuando, como una oveja, es conducido Cristo al sacrificio, y con su sangre son teñidos nuestros dinteles, es decir, con la señal de su cruz son grabadas nuestras frentes, somos liberados de la perdición de este mundo como ellos de la cautividad y de la muerte de Egipto, y realizamos el tránsito salubérrimo pasando del diablo a Cristo y de este mundo inestable a su reino sólidamente fundamentado. Y para no pasar con el mundo transitorio, nos pasamos a Dios, que permanece siempre.*

La gran celebración pascual de la Iglesia se verifica en el sagrado triduo que tiene su centro en la vigilia nocturna del sábado, la cual nos introduce en el domingo de la resurrección. El triduo se inicia el jueves por la tarde con el recuerdo de la Cena del Señor, en la que fue instituido el sacrificio y

sacramento de la Pascua. Las tres jornadas del triduo –viernes, sábado y domingo- celebran a Cristo muerto, sepultado y resucitado, es decir, su pasión y su paso; nosotros nos unimos a él, hacemos nuestra pascua renovando nuestras promesas bautismales y participando de la eucaristía. Confesando en estos días nuestros pecados nos reconciliamos con Dios para poder recibir como fruto de la Pascua la efusión del Espíritu Santo que nos permita experimentar, en una vida profundamente renovada, las energías de la resurrección.

El Domingo de Ramos representa un preludio, proemio o prólogo de la celebración pascual. Esta jornada inaugural de la Semana Santa asocia los dos momentos del misterio: la gloria y la pasión. Nos enseña que por la pasión se llega a la gloria, nos impulsa a desear ser dignos del testimonio de la pasión de Cristo para poder participar un día de su resurrección. Así lo hemos pedido en la oración colecta de la misa. San Pablo enunciaba esta verdad como palabra fiel: *si morimos con Cristo, viviremos con él, si con él sufrimos, reinaremos con él* (2 Tim. 2, 11s.). Si perseveramos con paciencia, abrazados a su cruz, recibiremos una participación de su vida gloriosa, tendremos parte en su Reino.

Este domingo es el único en el año en el cual se proclama como buena noticia el Evangelio de la Pasión; el gozoso mensaje es hoy la bienaventurada Pasión de nuestro Salvador. Se trata, en la ocasión, del texto de San Marcos. Cada evangelista enfoca el misterio de Cristo y su Pascua desde un punto de vista teológico propio, desde un ángulo singular. Marcos, que ha descrito ampliamente la actividad de Jesús como taumaturgo, médico de cuerpos y almas compadecido de la penuria de los hombres, orienta la mirada del lector, del oyente de su Evangelio, hacia la cruz de Cristo, lo invita a seguir el camino del Crucificado. Mensaje para un tiempo desgarrado como el nuestro; pero ¿algún tiempo no lo fue? Es un mensaje destinado al tiempo de los hombres, en el que progresan el bien y el mal, en el que nunca faltan penurias y horrores. En el relato de la Pasión se lee la traza del plan de Dios, se descubre el designio de su amor a los hombres. Dios es el gran protagonista de ese drama, Dios y su amor; frente a él se destaca la debilidad del hombre, su cobardía, su ceguera, su estupidez, su perversidad. El hombre tiene rostro y figura en el relato de la Pasión: es el judío anónimo, diluido en la masa, que tanto canta el hosanna como grita el ¡crucifícale!; es el miembro del sanedrín –sumo sacerdote, noble o escriba- ciego de ignorancia y envidia, que precipita los acontecimientos; es el pagano, refinado o brutal, que vive sin esperanza ni Dios en este mundo; son los pecadores, es el pecador agazapado en cada uno de nosotros y que se asoció de antemano al asesinato del Inocente. La tradición cristiana excusa y da testimonio del perdón divino. Pedro dice a los judíos al exhortarlos a la conversión: *yo sé que ustedes obraron por ignorancia, lo mismo que sus jefes* (Hech. 3, 17); y Pablo afirma de los dominadores de este

mundo que no conocieron la sabiduría de Dios, *porque si la hubieran conocido no habrían crucificado al Señor de la gloria* (1 Cor. 2, 8).

Podemos disponer una lista, que sirva de prontuario, de los personajes que intervienen en la Pasión. Ante todo, de los hostiles a Jesús. El primer nombre a recoger es el de Judas. Hay algo de trágico en la mención que hace de él el Evangelio: *Judas Iscariote, uno de los Doce*. No es un fulano cualquiera, alguien de la calle, ni uno de los declarados enemigos del Señor, sino un discípulo, elegido como apóstol, admitido a su intimidad, considerado amigo; su caso es un misterio de la Providencia. Luego, los miembros del sanedrín, es decir, la jerarquía sacerdotal, los representantes de las familias patricias y los expertos en la ley, que arman un proceso mendaz cuando ya tienen decidida, en realidad, la sentencia: *buscaban un testimonio contra Jesús para poder condenarlo a muerte*. El embuste es bien tosco: no coincidían entre sí los falsos testigos. Algunos de los miembros del Consejo Supremo, a los que se unen los lacayos, se burlan del Señor, lo escupen y golpean; repetirán la felonía en el Calvario. Los soldados del imperio hacen lo mismo; el texto evangélico nos ahorra una descripción de dos escenas brutales, la flagelación y la crucifixión, en las que habrán descargado su desprecio y su saña. San Marcos pinta, en cambio, con detalles, la presentación de Jesús ante Pilato. Éste tenía suficiente sentido común como para advertir que la acusación carecía de fundamento y que además el reo no era peligroso. Por otra parte, le hubiera gustado contrariar a los jefes judíos, hartos como estaba de sus presiones y exigencias. Intentó sacarse el problema de encima obteniendo el apoyo de la turba y aprovechando la costumbre de conceder una amnistía en cada pascua. Pero prefirieron a Barrabás. Finalmente Pilato cedió, por indiferencia.

El mejor papel en el drama corresponde a las mujeres. Se nombra a María Magdalena, a María la madre de Santiago y de José y a Salomé; pero había, según Marcos, muchas otras. Ellas expresan su fidelidad con silenciosa presencia; contemplan de lejos al Crucificado y quedan luego con la mirada fija en el sepulcro. A la lista femenina hay que añadir la mujer anónima que derrochó un magnífico perfume sobre la cabeza de Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso: ungió anticipadamente el cuerpo del Señor para la sepultura. De José de Arimatea se dice que *tuvo la audacia de presentarse ante Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús*; este ilustre sanedrita representa al judaísmo fiel que será primicia santa de la Iglesia, raíz y savia del olivo (cf. Rom. 11, 17 s.). Simétricamente, el centurión que confiesa a Jesús como Hijo de Dios representa al mundo pagano; en él el imperio se postra ante la cruz. Pronuncia su confesión en el instante de la muerte redentora del Señor, cuando *el velo del templo* —que separaba a los gentiles del culto y de las promesas hechas a Israel— *se rasgó en dos, de arriba abajo*. De judíos y paganos, reconciliados en Cristo, debía formarse el nuevo pueblo de Dios.

Los apóstoles no las tienen todas consigo y andan descaminados. Se duermen en el huerto y enseguida huyen todos. Pedro, el más valiente, o bravucón, incurre en una espantosa negación y deberá recuperarse a través de amargo llanto. Marcos registra la extraña presencia en Getsemaní de un joven envuelto en una sábana que seguía a Jesús, pero que cuando intentaron atraparlo, escapó desnudo. Notemos también que el Cireneo tiene una actuación ambigua: *lo obligaron a llevar la cruz*.

Tampoco hoy día resulta fácil seguir al Señor con inalterable fidelidad. Es preciso superar la sorda oposición de una cultura cada vez más declaradamente anticristiana, que puede hacer mella en nuestra debilidad. En muchos países, los cristianos son víctima de intolerancia y discriminación; se los margina y se les niega sus derechos. Ocurre en África, en Medio Oriente, en Asia, en las regiones más penetradas por el avance islámico. Pero también sucede en países de vieja cristiandad, profundamente laicizados, en los que se pretende borrar las huellas de una cultura cristiana. En un alarde de odio a la Iglesia y a la fe se ha promovido entre nosotros, en el mes de marzo, una campaña de apostasía colectiva; se invitaba a los bautizados, como si pudieran arrancarse del alma el sello de su consagración, a expresar su repudio a la condición bautismal y a exigir ser borrados de los registros. Odio ideológico al cristianismo, a Dios. ¿Quién podrá contrapesar el mal que esto significa, el daño espiritual que se difunde? Sólo la fe lúcida y ardiente, la esperanza confiada, testimonial, alegre, el amor fervoroso, humilde y magnánimo a la vez, de los creyentes, de los miembros de la Iglesia, de los amigos de Cristo. Somos nosotros los convocados a ofrecer ese contrapeso, para hacernos dignos del testimonio de la Pasión.

Comentando la escena de la oración agónica de Jesús en el huerto de los olivos, decía Pascal: *Jesús busca la compañía y el consuelo de los hombres. Me parece que esto es único en toda su vida. Pero no lo recibe, porque sus discípulos duermen*. Y añade –y esto vale precisamente para nosotros: *Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: no hay que dormir durante ese tiempo*.

**+ Héctor Aguer**  
*Arzobispo de La Plata*